

casi militar de la organización, aunque en el caso de Juan Caballero esto no pueda atribuirse a su participación en la guerra de la Independencia. Esos años estuvo Juan Caballero en la escuela (había nacido en Estepa, Sevilla, el año 1804) y Mena deduce, por la caligrafía y abreviaturas de sus Memorias manuscritas, que su maestro sería un clérigo. El carácter militar lo subraya el propio Caballero cuando admite en su partida a seis caballistas de su colega Frascuito de la Torre. Les dice así: "Señores, esto no es andar en borracheras ni entre peñascos como ustedes están acostumbrados, aquí en la campaña la vida es más difícil que en la serranía, hay menos escondites y es necesario tener más habilidad y más formalidad, y muchas veces en vez de huir y refugiarse en cuevas hay que hacer cara a la tropa y pelear como ellos mismos, a lo militar"... También en esta frase señala Caballero su estilo de actuación. El es caballista de campaña, de llano y no anda "entre peñascos". En cierta ocasión cuenta cómo está refugiado en la Serranía de Ronda con quince de su partida junto a José María "el Tempranillo", señor de aquel lugar. José María dice: "Usted es caballista de campaña, pero aquí en la serranía siempre se está más seguro precisamente por la nieve y la lluvia. Lo único que hay que tener mucho cuidado es disimular las pisadas de los caballos"... Las Memorias de Caballero nos dan muestra además de su código de valentía y de caballerosidad, que le lleva en alguna ocasión a salvar a uno de sus perseguidores; de sus cualidades de cantaor (presentes hoy en Luis Caballero descendiente

suyo). Estas cualidades le sirvieron una vez para librarse de la cárcel, gracias a la ayuda de una joven que venía a escucharle "pues la Naturaleza le dotó de voz y estilo".

Caballero escribe en un estilo preciso y claro, que hace que sus memorias se lean de un tirón. Son éstas el relato de una vida itinerante, de un caminar sin parar por su comarca ostipense. ■ VICTOR MARQUEZ REVI-RIEGO

El pícaro en Latinoamérica

Pocos géneros de nuestra literatura han dado lugar a una producción crítica tan copiosa como la novela picaresca. Pocos han concentrado hasta tal punto el interés de los estudiosos de dentro y de fuera. Desde Ortega o Américo Castro hasta el recientemente fallecido Marcel Bataillon, desde Lázaro Carreter o Francisco Rico hasta el checo Oldrick Belic, desde Claudio Guillén o Blanco Aguinaga hasta el propio Tierno Galván, quien hace tres años dedicó al tema un original estudio desde una perspectiva sociologista.

Todos estos autores y los varios centenares más que se han ocupado en largo o en breve de la novela picaresca coinciden, por encima de ciertas discrepancias derivadas de cada particular enfoque, en señalar una serie de elementos definitorios del género como tal. Esos elementos, principios comunes a toda la producción picaresca, serían: el viaje —el pícaro es una especie de trotamundos en busca de fortuna, la dependencia del pícaro de distintos amos, y por último,

el llamado principio de autobiografía: el pícaro narra su propia historia.

Al mismo tiempo se ha tratado de explicar la aparición de la novela picaresca en el contexto de la España en decadencia y barroca de los Austria como testimonios de los frenos impuestos por la clase dominante a los intentos de movilidad social de ese proletariado *avant la lettre* de cuyo seno surge el pícaro.

Sin embargo —al margen de esta explicación sociologista—, parece cierto que el ámbito de la novela picaresca en sentido estricto o lato no puede restringirse a ese período de nuestra propia historia. Así existe, por ejemplo, un corpus importante de novela picaresca latinoamericana que ha analizado, en un libro de reciente publicación, María Casas de Faunce (1).

Para esta profesora española, que trabaja en la Universidad de Puerto Rico, la novela picaresca latinoamericana no sólo sigue en buena medida los patrones peninsulares —en cuanto a la filosofía egocéntrica del personaje, su carácter asocial, su fiebre viajera y su orientación por un marco de referencia que no es el de su propia clase, sino el de la dominante: su "falsa conciencia"—, sino que aporta al género ciertas características originales, como son una mayor intervención del autor como narrador de la historia —aquél no se resigna a dejarle plena autonomía de visión al personaje— y una original galería de pícaros vinculados al mundo de la política, del ejército o la diplomacia.

(1) "La novela picaresca latinoamericana", Editorial Planeta/Universidad de Puerto Rico, Madrid 1977.

Así, una de las obras comentadas, del mexicano Zamora Plores, tiene como protagonistas nada menos que al general y presidente de México, López de Santa Anna, el perdedor de Texas frente a Estados Unidos, y a una figura ficticia, Juan Jacobo Casanova, supuesto nieto del famoso aventurero veneciano.

Hay que señalar por sorprendente que la mayor parte de las novelas picarescas latinoamericanas datan de finales del siglo XIX o de comienzos de éste. Así ocurre, por ejemplo, con la obra antes citada, que se publicó en 1945, "El lazarillo de América", que el autor, el panameño José N. Lasso de la Vega, sitúa nada menos que durante el reinado del monarca español Alfonso XIII, o "Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira" (1910), del argentino Roberto J. Payró.

Sólo un autor de cierta talla, entre los estudiados, escapa a esa constante. Se trata del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, que escribe su "Periquillo Sarmiento" en plena época neoclásica, en los primeros años de la independencia de su patria, y al que la autora califica de adaptador del género picaresco a las circunstancias americanas.

Tal vez algunos lectores echarán de menos un análisis más sistemático en la obra de María Casas de Faunce, que se apoya básicamente en los aspectos temático y argumental de las obras que comenta. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que se trata de una primera e imprescindible aproximación a un corpus literario hasta ahora prácticamente desconocido entre nosotros. ■ JOAQUIN RABAGO.

